

mentes quejas el pueblo. El precio no solo del pan sino aun de la azúcar, del café, de las velas y del jabon, habia llegado á mas del doble de que la Revolucion estallara. Hiciéronse sin interrupcion; acerca de este particular, innumerables peticiones en la barra de la asamblea. Los mas turbulentos de entre los jacobinos, encontraron muy pronto el remedio, y este consistia en fijar un maximun al precio de cada renglon, imponer á los ricos una contribucion forzosa, y ahorcar á todos los que vendiesen sus efectos á precio mayor que el establecido por la ley. En vano Thuriot y los miembros mas moralizados del partido levantaron la voz contra estas medidas extremas; aturdióseles á gritos contra la *aristocracia mercantil* y sofocaron sus declamaciones por medio de silbidos que les lanzaban los concurrentes de las galerías; y hasta la Montaña percibió que si persistia en contrariar las enunciadas providencias, se veria en breve tan desprestigiada como lo estaban ya los girondinos. En aquella sazón declaró el pueblo que los caudillos que habia elegido, eran tan malos como los antiguos nobles. Acaso el error mas grave y perjudicial en que pueda incurrirse durante las convulsiones de este género, es la de creerse ordinariamente, que eligiéndose gobernantes de entre la clase á que pertenecer los electores, encontraran las clases menesterosas en aquellos, hombres que con mas facilidad simpaticen con su miseria, que si los fuesen á tomar de entre corporaciones mas elevadas; opi-

cion natural pero nociva, cuya falsedad demuestra de un estremo á otro la historia, y que igualmente justifica el proverbio popular que dice: que el que quiera ver á un ruin, que le dé un cargo [1].

La suma dificultad que se pulsó en proveer al sustento público, puso al fin al pueblo en un estado verdaderamente frenético. Agolpóse una desenfrenada turba al salon de juntas de los jacobinos, y amenazólos en los propios términos en que con tanta frecuencia acostumbraban amenazar á la asamblea semejantes reuniones. El objeto de aquel tumulto era el de compeler á los jacobinos á que solicitasen de la Convencion una ley de maximun; pero estos se negaron á solicitarla. Inmediatamente oyéronse los gritos de: "Mueran los monopolistas; mueran los ricos," y se vieron tratados los jacobinos de igual modo que trataran ellos mismos á la Convencion.

En la mañana del dia siguiente, levantó Marat la voz por medio de su periodico en contra de los que denominaba "monopolistas, mercaderes del lujo, promotores del fraude, ex-nobles" y dijo: "en cualquier pais donde no fuesen los derechos del pueblo un vano título, saquearianse unas cuantas tiendas, colgariase á las puertas de ellas á sus monopolistas dueños, y de este modo se eortaria un mal que reduce á la desesperacion á cinco millones de individuos, y que diariamente hace morir de hambre á miles de ellos. ¿Hasta cuando aprenderán á conducirse

(1) Th. IV, 36, 41. Hist. de la Conv. II, 164.  
Tom. II.

los representantes del pueblo, y cesarán de limitarse á pronunciar estériles discursos sobre males cuyo remedio no conocen"? [1]

Alentado por semejantes exhortaciones, no tardó el populacho en hacerse justicia por sí propio. A poco formóse una reunión del pueblo, y saqueó cierto número de tiendas de las calles de la Vieille Monnaie [Antigua Moneda], de Cinq Diamans [los Cinco Diamantes] y de Lombardo, [Lombardos]. Hecho esto persistió en que habian de valer todos los objetos de comercio la mitad de lo que en aquella sazón valian, y habiéndose apoderado á este precio de una considerable porción de efectos, atrajeron una ruinosísima pérdida á sus dueños. Pero cansóse en breve de pagar por lo que tomaba, y vaciaronse completamente las tiendas, sin que se retribuyese en manera alguna á sus dueños. [2]

Llenáronse de consternación todas las corporaciones públicas, al contemplar estos desordenes. Los tenderos, en particular, que habian hecho tantos esfuerzos en favor de la revolución desde los momentos en que estallara, afligiéronse sobre manera al ver que iba invadiendo sus propios umbrales la anarquía. Los girondinos, que en su mayoría representaban á las ciudades mercantiles de la Francia, procuraron evitar el mal que atraería cualquiera medida que se tomase para imponer á los precios un *maximun*; pero

(1) Journal de la Republique, [Diario de la República] de 25 de Febrero 1796. Th. IV. 43, 44.

(2) Th. IV, 46.

apenas hubieron intentado sostener sus principios, cuando les acometió por todas partes el populacho, y acabaron de perder, en virtud de los esfuerzos que hicieron, la poca consideración en que ya se les tenía. No fueron mas afortunados los jacobinos en el empeño que sobre este mismo particular tomaron. Las calamidades que se padecían eran positivas y generales, y no habia medio de que se pudiese hacer entender al pueblo, que emanaban de las medidas que á consecuencia de la revolución se tomaran. Las tentativas que hizo la municipalidad para restablecer el orden, y la petición que dirigió á la Convención para que dictase decretos coercitivos, perdieronse entre la grito de la muchedumbre y los silvidos de las galerías; cada nuevo acto de desenfreno de que se daba cuenta, acogíase con los mas bulliciosos aplausos. Ni la Convención, ni el cabildo, ni los jacobinos, pudieron encontrar un remedio para calmar el frenesí del pueblo. Robespierre, Saint Just y Chaumette fueron silvados por el populacho en el momento de irle á dirigir la palabra. Los realistas hacían resaltar estas lamentables escenas, trayendo á la memoria la tranquilidad de que se gozaba en tiempo de la monarquía. "Contemplad" decían los girondinos, "á que extremo caminamos con celeridad bajo el sistema de la violencia popular." "Todo eso," decían los jacobinos, "es obra de los realistas, de los rolandistas, de los girondinos y de los partidarios de La Fayette que se nos disfrazan." Robespierre sostuvo aquella no-

che en la sesion de los jacobinos, la doctrina popular de "que el pueblo no podia ser nocivo," y que los realistas eran los ocultos instigadores de todos los desordenes. [1]

No tardo en hacerse estrema en Paris la alarma; todas las corporaciones públicas declararon permanentes sus reuniones; tocóse por todas partes generala para llamar á las secciones armadas á sus puestos, y manifestó el pueblo sin embozo, que se hacia necesaria otra insurreccion "para cercenar de la representacion nacional la parte gangrenada de sus miembros." Los girondinos, que parecian ser los mas inmediatos al peligro, se reunieron armados en la casa de Valazé, individuo del partido, y allí permanecieron sin decidirse á paso alguno, á consecuencia de la divergencia de opiniones que entre ellos reinaba. Hallábanse los Jacobinos casi tan irresolutos como ellos mismos. Aunque contaban con el apoyo de la municipalidad, de la mayoría de las secciones ó guardia nacional y de la plebe armada, no juzgaban que estuviese todavia en sazón el espíritu público, para emprender un ataque directo sobre la representacion nacional, en cuyo seno desempeñaban aun los girondinos las mas importantes funciones. Resolvieronse pues á limitar sus peticiones á puntos de menor cuantía, conducentes al grande ataque por medio del cual debian anonadar á sus contrarios. [2]

El otro acontecimiento que hizo que quedase

(1) Th. IV, 47, 48. Hist. de la Conv. II, 153.

(2) Th. IV, 50, 55.

consolidada en la metrópoli la influencia de los jacobinos, fue la infructuosa tentativa que hizo Dumouriez para restablecer el trono constitucional. Este general distinguido, que estaba adherido con fervor á los principios de los girondinos, veia con disgusto mucho tiempo hacia, los feroces designios y las manifestaciones mas feroces aun de los caudillos de la demócracia, y percibió que no podria salvarse la Francia sino restableciendose en ella la constitucion de 1791. Dejó el mando de su ejército, y se trasladó á Paris con el intento de salvar al monarca; pero habiendose frustrado este proyecto, volvióse á Flandes, y entró en negociaciones con la Holanda y la Gran Bretaña. Su designio era el de hacer una irrupcion en Holanda, lanzar á las autoridades revolucionarias que habia establecidas en aquel pais, formar un nuevo gobierno en las diez y siete provincias de que constaban los Países bajos, y levantar un ejército de ochenta mil hombres; ofrecer la alianza de su estado al gobierno frances bajo la condicion de que restableciera la constitucion de 1791, y en caso de negarse á esto, marchar sobre Paris con sus fuerzas y las de los Belgas, disolver á la Convencion y destruir el dominio de los Jacobinos [1].

Entregado á este extraordinario proyecto, Dumouriez á la cabeza de quince mil hombres, se lanzó á la Holanda. Comenzó con fortuna, por-

(1) Dum. II, 387. Toul. III, 256, 260. Mig. I, 249, 250. Roland, I, 217.

que desde luego logró posesionarse de Breda y de Gertruydenberga; pero al proseguir su carrera, tuvo noticia de la derrota que habia sufrido el ejército frances que tenia puesto cerco á Maestritch, é inmediatamente se dió orden á las fuerzas victoriosas de que regresasen á cubrir las fronteras. Fué tan grande la consternacion que se difundió entre las tropas republicanas, que hubo batallones enteros que se desbandasen, y algunos de los fugitivos se dirijieron hasta Paris, esparciendo las noticias mas eesageradas por todos los puntos de su tránsito. En cumplimiento de las órdenes que se le dieran, regresó á Flandes Dumouriez, y presentó una accion general al príncipe Coburgo; pero esta vez se declaró por los aliados la fortuna, y se vieron obligados los franceses á desprenderse de todos los puntos de que se habian posesionado en Flandes. (1)

Estos sucesos cuyos pormenores corresponden á otro capítulo, ocasionaron un inmediato rompimiento entre este general y los jacobinos. Poco despues de la batalla de que dejamos hecha mencion, dirijió una nota á la Convencion, en la cual hacia una pintura sumamente esacta de su gobierno, la acusaba de la anarquía que habia reinado, de los desordenes que se habian cometido hasta entonces, y la hacia responsable de la seguridad de la parte mas moralizada de sus cólegas. El gobierno tuvo esta comunicacion en reserva; pero apesar de esto, hubo de circular en

[1] Lac. II, 53, 55, 56. Mig. I, 250.

Paris, y produjo una sensacion inmensa. Separóse Danton del ejército para volverse á la capital, y denunció paladinamente al "traidor Dumouriez" en el club de los jacobinos; pidióse á grito herido su cabeza como un sacrificio que la justicia nacional eesigia, y continuó en toda su fuerza la agitacion que habian ocasionado las calamidades públicas, á consecuencia de las funestísimas noticias que se circulaban. (1)

El inminente riesgo en que se hallaba Dumouriez con motivo de la delicada situacion que guardaba; el disgusto que le habian inspirado las medidas de la Convencion á causa de las cuales se habian frustrado sus designios políticos, y marchitándose sus laureles militares; y la predisposicion que le animaba en contra de la conducta que habia observado el gobierno para con los belgas, quienes despues de haber capitulado con él bajo la fé de sus protestas, habian sido cruelmente vejados por los vencedores, impulsaronle á entrar en relaciones con los generales aliados. Al emprender el designio que entonces meditaba, nó se condujo con el vigor ni con el sigilo que eran indispensables para obtener un buen resultado; habló á sus oficiales de que intentaba marchar sobre Paris con la misma franqueza que poco antes les comunicára que emprendia su marcha sobre Bruselas, y dejó á sus soldados espuestos á la seduccion de los jacobinos, que veian en ellos dóciles instrumentos de sus ambiciosos designios. Dumouriez como lo confie-

[1] Toul. III, 203. Mig. I, 251. Th. IV, 112, 113.

sa él mismo, no poseía las cualidades que son esenciales á un gefe de partido; pero aun cuando hubiese tenido la energía de Danton, la firmeza de Bouillé ó la ambicion de Napoleon, era demasiado impetuoso por entonces el torrente revolucionario, para que hubiese podido contenerlo con su solo brazo. Estaba destinado, de igual modo que La Fayette y Pichegru, á palpar la exactitud de aquella sentencia de Tácito que dice: "Bellis civilibus plus militibus quam ducibus licere." Grande cual habia sido su prestigio cuando dejaba que el poder de la democracia tomase su mayor ensanche, decayó aquel cuando quiso servirse de él para contener el desenfreno de esta, y el gefe de cincuenta mil hombres se vió en brevísimo espacio de tiempo abandonado y proscrito en el seno de las tropas mismas sobre quienes habia ejercido poco antes una autoridad despótica. [1]

La primera noticia que tuvo la Convencion de los designios del general, le vinieron de manos de él mismo. Nombróse á tres determinados jacobinos, que fueron Proly, Pereira y Dubuisson, para que se dirigiesen al cuartel general y tomaran informes de cuales eran verdaderamente sus intenciones. En una discusion detenida y acalorada que con ellos tuvo, comunicóles sin embargo cuales eran sus miras, y amenazó á la Convencion con el enojo de su ejército. "Ninguna paz," dijo, podrá celebrarse jamas en nom-

[1] Tácito, Hist. II, 53, 55, 56. Lac. II, 256 y 56 Toul. II, 294, 306. Mig. I, 268.

bre de la Francia, si no destruimos á la Convencion; mientras yo pueda esgrimir la espada, procuraré derrocar su dominio y extinguir ese sanguinario tribunal que ultimamente ha establecido. La República es una positiva quimera que solo me alucinó por tres dias; si queremos salvar á nuestra patria, debemos restablecer el trono y la constitucion de 1791. Desde la batalla de Jemappes, no he cesado de sentir los triunfos que se obtenian en favor de causa tan mala. ¿Qué importa que se llame el rey Luis, Santiago ó Felipe? Aun cuando se atente contra la vida de la familia que está presa en el Temple, no dejará la Francia de encontrar por eso soberano, y yo marcharé inmediatamente á Paris para vengar su muerte." [1]

A la imprudencia de esta declaracion prematura, Dumouriez, con aquella mezcla de energía y flaqueza que le caracterizaba, añadió otra falta mas grave aun, cual fué la de dejar á los comisionados, á quienes impusiera como hemos visto de sus designios, que se marchasen para Paris; y estos sin pérdida de instantes, pnsieron á la Convencion al tanto del peligro que la amenazaba. Desde luego se tomaron las necesarias providencias para poner á tan formidable enemigo en la imposibilidad de llevar á cabo sus intentos. Procediendo con la resolucion y actividad que son indispensables para el buen éxito en las disensiones civiles, notificósele que compareciese á la barra, y habiendose negado á

[1] Mig. I, 256. Lac. II, 57.

obedecer despachóse á cuatro comisionados con orden de que lo tragesen consigo, ó le prendiesen en el seno de su mismo ejército. Dumouriez recibió á los enunciados representantes, rodeado de su estado mayor; leyéronle el decreto de la asamblea en que se le mandaba que inmediatamente se presentase en la barra, y negóse á acatarlo poniendo por excusa los importantes deberes con los cuales tenia que cumplir, y ofreciendo que mas adelante daria cuenta de sus actos. Presentáronle los diputados, como una razon para que obedeciese, el ejemplo de los generales romanos. "Incurrimos en un error," contestó, "al citar para justificar nuestros crímenes, las virtudes de los antiguos. Los romanos no asesinaron á Tarquino; establecieron una República gobernada bajo leyes sabias; no habia entre ellos clubs jacobinos ni tribunales revolucionarios. Nosotros vivimos en una epoca de anarquía; hay tigres que piden mi cabeza, y no habré de darla." "Ciudadano general," dijo Carnier que era el que presidia á la comision; "¿queréis obedecer el decreto de la Convencion, y trasladaros á Paris?" "Por ahora no," contestó Dumouriez. "Pues os declaro suspenso del mando, y ordeno á vuestros soldados que os arresten." "Ya esas son muchas demasias," exclamó el general; y llamando á sus húsares, prendió á los representantes de la Convencion, y los entregó como rehenes al general austriaco. [1]

[1] Lac. II, 57. Mig. I, 257, 258. Toul. III, 311, 312. Th. IV, 118, 119.

Habiendo arrojado de este modo el guante, preparóse Dumouriez á llevar á cabo el designio que concibiera sobre establecer la monarquía constitucional en Francia. Hallábase muy dividida al opinion en su ejército; aquellos cuerpos que tenian adhesion á su persona, estaban decididos á apoyar sus miras, fueran cuales fuesen; las que pensaban de distinto modo, considerabanle como un traidor; y la mayoría, como acontece en toda convulsion intestina, se manifestaba indiferente y dispuesta á sostener al que venciese. Empero no tenia el general en sus manos aquella firmeza que es tan necesaria para conducir un movimiento revolucionario, y los mas enérgicos de entre sus soldados desaprobaban sus designios.

Pusose en marcha para Condé con la intencion de entregar aquella ciudad á los austriacos, segun el convenio que con ellos tenia formado, como una muestra de la buena fé con que obraba; pero habiendose encontrado con un cuerpo de tropas de las que reprobaban sus planes, tuvo que emprender la fuga, y no logró salvarse sino abandonando su caballo que se resistió á brincar una zanja.

Con heróica entereza intentó el siguiente dia, acompañado de una escolta de húsares austriacos, regresar á su campamento; pero el aspecto de los uniformes del enemigo exaltó el patriotismo de las tropas francesas; la artillería fué la que primero abandonó su causa, y en bre-

Se resuelve á restablecer la monarquía.

Frustranse sus planes y se fuga.

ve toda la infanteria siguió su ejemplo. Con dificultad pudo conseguir Dumouriez volverse al ejército austriaco, habiendo habido sólo 1500 de los suyos que le siguiesen. El resto de las fuerzas francesas se reunió en un campamento fortificado que habia en Famars, donde poco despues pasó á encargarse del mando de ellas, por órden de la Convencion, el general Dampierre. (1)

El mal éxito que tuvo este plan, y que tuvieron todos los demas conatos de conspiracion, hizo que adquiriese mayor ascendiente todavía el partido que dominaba en la capital de la Francia. El terror, que las mas veces es mayor despues que ha pasado el peligro, indujo al pueblo á tomar las providencias mas extremas para proveer á la seguridad pública; la circunstancia de haberse desertado Dumouriez á los austriacos, dió á los mas violentos de entre los revolucionarios la ventaja inmensa de hacer aparecer á sus adversarios como verdaderos enemigos de la causa de la nacion francesa. En los primeros impulsos del terror, denunciaron los jacobinos á sus antiguos enemigos los girondinos, declarándolos autores de cuantas calamidades públicas se padecian, y señalaron el 10 de Marzo para dirigir un ataque general contra los caudillos de este partido, en el seno mismo de la Convencion. Habíase declarado en sesion permanente la asam-

[1] Toul. III, 313, 316, 320. Mig. I, 258. Lac. II, 61, 62.

blea con motivo de las calamidades públicas, y la noche del 9 acordóse en el club de los jacobinos y en el de los Franciscanos, que en el dia siguiente se cerrarian las puertas de la capital, se tocaria á rebato, y se marcharia sobre la Convencion con las fuerzas de los suburbios. A la hora señalada dirigiéronse á sus puestos los caudillos de la insurrección; pero los girondinos, noticiosos del riesgo que estaban corriendo, se abstuvieron de concurrir á la asamblea en aquellos críticos momentos; las secciones y la guardia nacional, vacilaron en unirse á los insurgentes; Bournonville, ministro de la guerra, marchó contra la fuerza de los suburbios, á la cabeza de un batallon fiel de tropas de Brest, y un fuerte agnacero que cayó, acabó de enfriar la efervescencia de la muchedumbre: Petion, viendo que se desgajaba el cielo, exclamó: "No habrá nada; se frustró la insurrección por esta noche." La conspiracion se frustró en efecto, y quedó diferido, para algunas semanas despues, el establecimiento del terrorismo. Hé aquí por qué insignificantes medios podian contenerse en aquel período los desórdenes de la Revolucion; hé aquí de qué casuales incidentes dependian los mas importantes cambios [1].

Inmediatamente que ocurrieron los sucesos de que dejamos hecha mencion, aprovecharonse Danton y los jacobinos de la agitacion que ocasionaran, insistiendo en que se esta-

Restablecimiento  
del tribunal revo-  
lucionario. Mar-  
zo 3.

(1) Mig. I, 251. Lac. 62, 65. Th. IV, 77.  
Tom. II.

ciase un TRIBUNAL REVOLUCIONARIO "cuyas funciones fuesen las de defender de los enemigos domésticos á los deudos de los ciudadanos que estaban combatiendo en las fronteras contra la agresion estrangera." Los girondinos hicieron los mayores esfuerzos para impedir que se crease semejante tribunal, que aparecia tan arbitrario cuanto debia ser formidable; pero inútil fué todo su empeño; hallábase tan apoderado de los ánimos el terror que les inspiraba la traicion doméstica, que no temieron al sistema de sangre que estaba para introducirse. Todo lo que al fin pudieron lograr, fué que en el nuevo tribunal hubiese jurados, y que se mitigase en cierta manera la violencia de sus procedimientos, hasta que la fatal insurreccion les hizo caer á ellos mismos bajo su terrible dominio [1].

Por aquel mismo tiempo espidióse otro decreto imponiendo á todos los propietarios una contribucion extraordinaria para los gastos de la guerra,—y otro mas que organizaba cuarenta y una comisiones, de dos miembros cada una, que debian estenderse por los departamentos, investidos de plenos poderes para que hiciesen llevar á cabo la colecta de gente, desarmasen á los refractarios, se apoderasen de todos los caballos que solo se tuviesen por lujo, y egerciesen, en una palabra, la autoridad mas despótica. Estos comisionados hicieron uso, generalmente, de sus facultades, con un rigor terrible, y sostenidos por todo el partido revolucionario, co-

(1) Mig. I, 248, 249. Th. IV, 66.

menzaron á forjar aquella red de fierro en que se vió aprisionada la Francia durante el imperio del Terrorismo.

Los conspiradores, asombrados de que se hubiesen separado de la asamblea los girondinos en los momentos críticos de que llevamos hecha referencia, prorrumpieron en las mas acres invectivas contra ellos, aludiendo á su defeccion. "Consevaronse inalterables en sus puestos," esclamaban, "cuando tenian empeño en salvar á Luis Capeto; pero se escondieron cuando vieron á la patria en peligro."

El siguiente dia no se habló en Paris de otra cosa que de la conspiracion frustrada; y Vergniaud aprovechandose de la consternacion en que todos los animos estaban, denunció en la Convencion á la junta de insurrectos que debio haber protegido la carniceria que se habia proyectado, y presentó mocion pidiendo que se tomasen á los clubs todos sus papeles y se prendiese á los miembros de la junta mencionada. "Marchamos," exclamó, "de crímenes en amnistias y de amnistias en crímenes. En virtud de la frecuencia con que estos se cometen, ha llegado la gran masa de los ciudadanos á cegarse de tal manera, que confunda esos tumultos sediciosos con el gran movimiento que en favor de la independencia se ha practicado; juzga las violencias de los bandidos como esfuerzos de animos enérgicos, y considera el latrocinio como acto indispensable para la seguridad pública. Sois libres,